

## ¿Autor devoto o refinado hipócrita? Fernando Martagón ante la Inquisición

Alexander Salazar Echavarría

 <https://orcid.org/0000-0002-9103-3056>

Maestría en Historia

El Colegio Mexiquense

0alsae@gmail.com

Olivia Moreno Gamboa, *¿Autor devoto o refinado hipócrita? Fernando Martagón ante la Inquisición*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2021, 167 pp.

Las relaciones entre los libros y la Inquisición durante el periodo novohispano suelen ubicarse en el marco de procesos de censura. La iglesia católica al igual que la corona se interesaron de manera especial en controlar las ideas que circulaban entre sus súbditos y feligreses, con el objeto de extirpar todo foco de subversión o herejía. El cuestionamiento “moral” a los autores generalmente se fundamentaba en lo que publicaban. Olivia Moreno Gamboa ofrece otro tipo de relación basada en una contradicción aparente: un escritor cuya corrección moral fue puesta en duda por la inquisición, pero que al mismo tiempo quedó en la historia literaria como un autor devoto y moralmente intachable.

El franciscano Fernando Martagón (1733-1804) tuvo la astucia de formarse un nombre como autor de devocionarios, verdaderos superventas, al tiempo que mantuvo durante buena parte de su vida relaciones licenciosas con las mujeres de su congregación. Fue acusado en repetidas ocasiones de



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

solicitud, delito de instigar a las confesantes a “tratos torpes” durante el acto de la confesión, inmediatamente antes o después. La autora transita de los estudios del libro a la historia social en la reconstrucción de la vida y trayectoria religiosa de este peculiar personaje, en un intento por superar la figura autoral que nos han legado de Martagón y recuperar los detalles privados de este individuo, que no hablan solo de él, sino de todo un contexto social.

La investigación surge de los intereses de la autora por los impresos devocionales del siglo XVIII. Lo relevante de este tipo de textos es el auge que tuvieron en el siglo de las luces, en el que era de esperar su paulatino rezago frente a impresos de un talante secularizador o cuanto menos ilustrado. Para este punto de la pesquisa, Martagón solo era el autor de uno de los muchos devocionarios de aquella época. El trabajo de Moreno Gamboa dio un viraje cuando al consultar el fondo de la inquisición del AGN se topó con un largo proceso que se le había llevado al franciscano por el delito de solicitud. La contradicción que ya mencionamos estaba puesta sobre la mesa. Dado el peculiar objeto de estudio, la autora se interesa por establecer si es Martagón un hijo de su tiempo o una desviación aislada. Esto es, si su comportamiento era fruto de una crisis generalizada de la orden o a una falta de vocación. En este sentido, busca arrojar luces sobre lo que este caso particular dice de la moral y las costumbres del clero, de los fieles, y de la sociedad novohispana del momento.

Moreno Gamboa inserta al fraile en su contexto histórico para delimitar su peculiaridad. Defiende que la orden de los franciscanos, a la que perteneció Martagón, sí relajó sus prácticas. Son varias las causas. La política de Fernando VI restó poder y presencia social a las órdenes en un proceso de “secularización parroquial” (p.28). Se les quitaron curatos y doctrinas; mermaron sus recursos y mecenazgos; hubo cierre de conventos y hacinamiento en los restantes. Los frailes se vieron obligados a una relación más estrecha con las poblaciones

locales para asegurar su sustento, a lo que comúnmente se atribuye su “descomposición moral” (p.37). En efecto, fue mucho más frecuente la circulación de seglares en los conventos, así como de los frailes fuera de estos, en actividades que en teoría les estaban vedadas, como el juego de naipes, las corridas de toros o incluso las relaciones con prostitutas.

Fernando Martagón, por su parte, descendía de buena familia: sus padres pertenecían a una oligarquía regional de comerciantes. A pesar de la dura situación de los franciscanos en la época, logró hacerse de una buena posición, con residencia permanente en la capital del virreinato, en un convento principal como capellán y director espiritual. Al tiempo, fue formándose un nombre como autor de devocionarios y autoridad moral, pero en lo privado frecuentaba mujeres y se aficionaba a los “tratos torpes” con ellas.

Lo peculiar del caso da pie a pertinentes análisis en el campo de la historia del libro y la historia de la vida cotidiana. Sobre la primera, la autora describe la especialización de un género: los libros de devoción. Estos se abrieron paso en el comercio editorial ante las crisis económicas por las que pasaban las órdenes. La falta de recursos y la disminución de mecenas desalentaron la producción de textos que requirieran una importante inversión económica e intelectual. El estímulo social propio de la escritura, que se manifestaba en mayor consideración y prestigio también disminuyó entre los frailes. La crónica y la oratoria sacra dieron paso a géneros que demandaban menos recursos, como los devocionarios, que eran más sencillos de escribir, y por tanto no tan excluyentes en términos académicos y económicos. Estos textos religiosos fueron vistos como “sano entretenimiento” e “instrumento de disciplina” dedicados de manera especial al público femenino (p.144).

Martagón con su *Manual de ejercicios espirituales* practicó estrategias publicitarias que para la autora son modernas, como el uso de avisos y prólogos —escritos por los propios autores o con la aprobación de sus pares—

o la promoción en gacetas, lo que habla de una red de productores e inversores que querían hacer más redituable su producto. Todo este aparato comercial, que ubica a Martagón no solo como escritor, sino como agente de un circuito de circulación en el que también se ocupaba de la financiación, promoción y distribución de sus impresos, cuestiona la idea del escritor "desinteresado" de devocionarios, al que solo atañe la salvación de las almas de sus feligreses. Porque la categoría de "autor", a pesar de sus altibajos, seguía siendo condición de peso y fuente de prestigio para un clérigo dentro de su comunidad.

En este sentido, la autora transita "del autor al individuo", para usar uno de sus títulos. Lo que vale la pena resaltar en este caso es que los vínculos entre la historia del libro y la historia de la vida cotidiana se dan en el cuestionamiento de la figura del fraile. Por una parte, tenemos el autor devoto que cristalizó en la historia, el cual supo granjear su reputación de persona moralmente intachable. Tenemos, en segundo lugar, la faceta de director espiritual implacable, incluso violento, a quien se le siguieron procesos inquisitoriales. Y en tercer lugar tenemos al fraile simpático, del día a día, que ofrecía almuerzos en un ambiente de alegría y desenfado. Esta suerte de actos performativos, que le valieron el calificativo de "refinado hipócrita" por parte de uno de los fiscales que lo investigaba (p.123), muestra los límites conceptuales de la idea de "autor", como categoría de análisis histórico. No olvidemos que el caso de Martagón le debe mucho a la serendipia de Moreno Gamboa. Por lo general, los autores se construyen a partir de rastros diseminados en antologías, obituarios y bibliotecas que por lo general depuran a los autores y los convierten en sujetos unidimensionales, planos, en favor de una causa ideológica determinada. Los hallazgos de Gamboa son, indirectamente, un llamado a la cautela en el tratamiento que los investigadores dan a los autores, de manera especial cuando las fuentes disponibles son escasas.

A la hora de estudiar los impresos no importan únicamente el discurso o las ideas que estos transmiten; para reconstruir su verdadero sentido es indispensable analizar las prácticas alrededor de las ideas. El análisis suele ser complicado, especialmente por la falta de fuentes. A pesar de las dificultades, la autora ofrece hallazgos e hipótesis valiosos.

El tipo de manuales que escribió Martagón estaba pensado para tener al sacerdote como intermediario, esto es, sus ideas se transmitían en el contexto de los ejercicios espirituales, no como lectura silenciosa en espacios privados. La mediación era necesaria, dados los niveles de analfabetismo. El uso de los manuales en el espacio privado estaba reservado a los fieles de estratos medio y alto. Se temía además que la "ruda inteligencia" de las mujeres las llevara a malinterpretar las enseñanzas de los manuales, y que tuviera como efecto mayor mal que provecho. Estas características naturalmente daban una posición privilegiada a quienes escribían los manuales, así como a los sacerdotes que llevaban a cabo los ejercicios. Sin embargo, y la autora lo reconoce, es poco lo que se sabe del "acto performativo" de la dirección espiritual, los gestos y las emociones implicadas.

Vale la pena citar el apartado en que la autora se permite recrear este tipo de acontecimientos, sin dejar de advertir que se valió de suposiciones: "La práctica de los desagravios debió generar en ellos [los feligreses] un estado de ánimo confuso. Durante 33 días vivían en la zozobra de saberse pecadores contumaces, fustigados mañana y tarde por el ferviente capellán. De pie, frente al altar del 'milagroso' Señor de los Desagravios, podemos imaginar a Martagón leyendo en voz alta o recitando de memoria la meditación del día" (p. 147).

Pero las prácticas de lectura no son excusa para olvidarse de los textos mismos, algo que ocurre con frecuencia. Moreno Gamboa rastreó las diferentes ediciones del libro del franciscano, así como ubicó sus fuentes. En realidad, el *Manual de ejercicios* de Martagón es una versión modificada del *Manual de*

Francisco Soria, de gran popularidad, publicado por primera vez en 1686 en Angelópolis, Puebla, esto es, un siglo antes de la primera versión de Martagón. Este no oculta su procedencia, antes bien, se aprovecha de tal condición para promocionar su propio trabajo, que consiste en depurar, actualizar y dar claridad al original. En cierto sentido era un negocio seguro, en cuanto se retomaba un texto muy vendido en su tiempo y se lo “mejoraba”. La apuesta resultó exitosa: 7000 ejemplares vendidos en siete ediciones lo comprueban; todo en vida de Martagón.

Para el caso de la vida cotidiana, la autora explora el espacio doméstico de los franciscanos en una época de relajación moral e indisciplina. Las mujeres tenían amplio acceso a los conventos. Allí realizaban actividades de servicio para los frailes, tales como el aseo o proveer la alimentación. Además, el confesor tenía un papel central en el universo social de las mujeres de aquella época, en cuanto era una de las pocas figuras masculinas con las que entablaban relaciones personales –incluso duraderas– si exceptuamos a sus familiares. El confesor tenía ascendiente sobre las mujeres; era una figura de autoridad a la que había que guardar respeto. En la práctica, sin embargo, se daban tratos y relaciones de dependencia cuya moralidad era cuestionable. Ahora bien, la autora es precisa a la hora de definir el carácter delictivo del comportamiento de Martagón. No hay que confundirlo con la idea moderna de violencia de género. Lo que llevó a Martagón a la Inquisición no fue el acoso a las mujeres, frecuente y pasado por alto, lo importante para los jueces era el momento en que ocurría. Era un delito grave, llamado solicitación, si se consumaba durante la confesión, o en momentos previos o inmediatamente posteriores, porque se profanaba uno de los sacramentos más importantes para la Iglesia. Era causa de herejía.

Finalmente, el caso de Fernando Martagón le permite a la autora transitar entre la historia del libro y de la vida cotidiana tomando las herramientas que son útiles en cada caso y ofreciendo conclusiones que

aportan a ambos. La figura autoral de Martagón, que cumplió los tres pilares de la consagración (ingenio, dedicación y virtud), se pone en duda con el fundamento de nuevas fuentes. De su análisis surge un personaje ambiguo que logró hacerse de una buena posición en tiempos difíciles y acumular, desde allí, prestigio y autoridad. Aprovechó además el surgimiento de un nuevo género, que no requería gran profundidad intelectual ni excesivos recursos para hacerse un nombre como autor. Paralelamente aprovechó su poder cada vez mayor para tener relaciones prohibidas con sus feligreses. El mal sabor de su vida impune y posterior consagración, lo atempera el análisis inteligente que nos ofrece Moreno Gamboa.